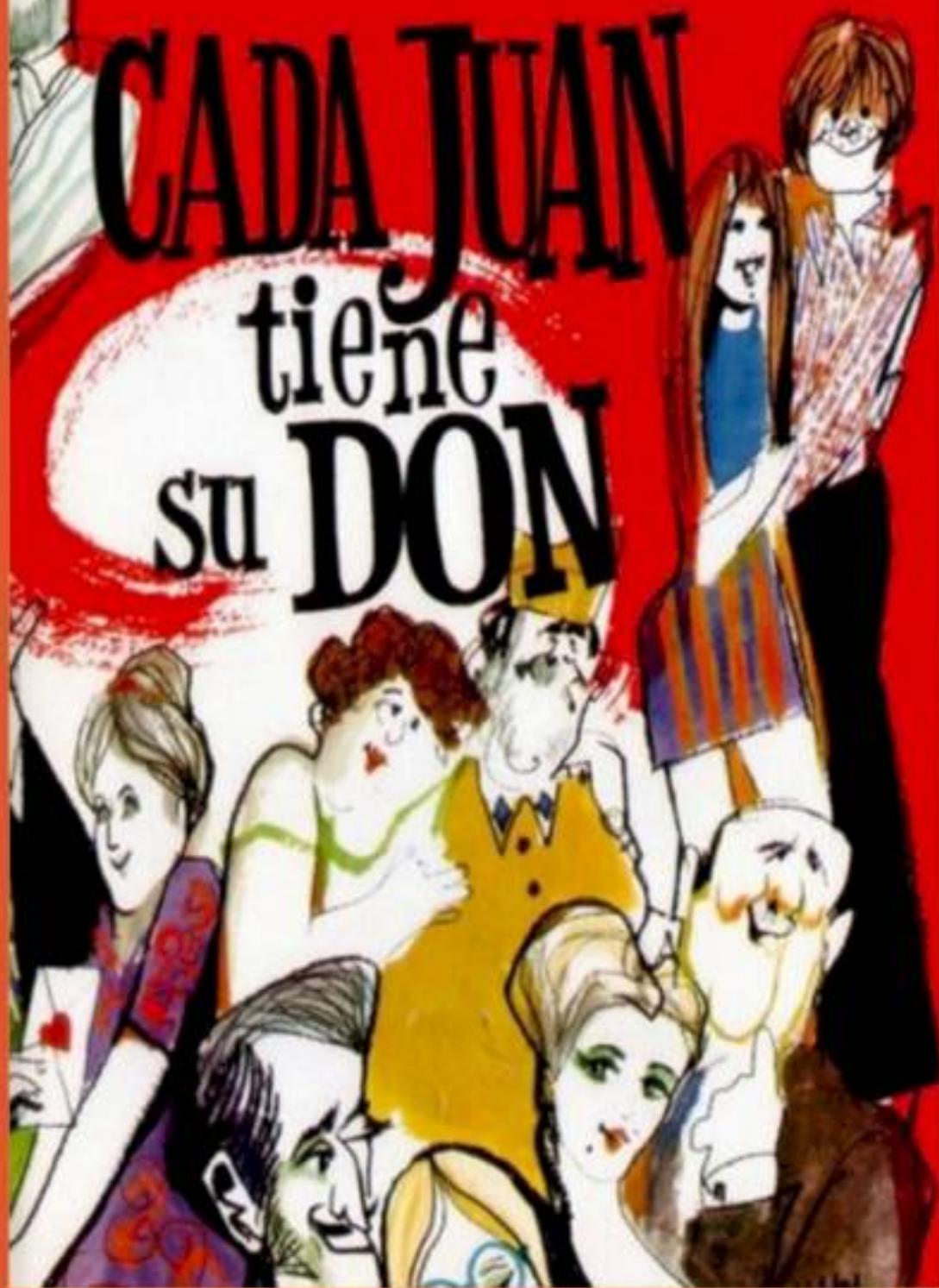


ÁLVARO DE LAIGLESIA

CADA JUAN tiene SU DON



No da tregua Álvaro de Laiglesia a su fértil ingenio y, viva aún la excelente impresión producida por sus anteriores obras, brinda a sus múltiples lectores otra prueba evidente de sus opimas facultades, una vez más bajo un título sugeridor: Cada Juan tiene su Don.

Precisamente uno de los personajes creados por Álvaro de Laiglesia asegura en un momento crítico de su vida que 'todo artista tiene que renovarse para seguir gozando del favor del público'. Es lo que sin cesar hace nuestro famoso autor. Dentro del humorismo más puro, sus variados relatos ofrecen la más rica gama, que en algunos momentos bordea la nota sentimental y en otros se acerca a la expresión desgarrada, a la frase hiriente, a la punzante ironía.

Asegurando que Cada Juan tiene su Don no desmerece de las anteriores obras de Álvaro de Laiglesia, queda anotado el más cálido elogio de la nueva serie de novelas debidas al justamente celebrado autor, que con razón ocupa privilegiado lugar entre los escritores contemporáneos.

En pleno siglo XX, John F. Kennedy tuvo el don de inaugurar un monstruoso «tiro al blanco», en un país donde sólo estaba permitido el «tiro al negro».

ÁLVARO DE LAIGLESIA

Cita en el crepúsculo

—PERFECTO, MIGUEL —felicitó don Juan Miralles a su criado, mientras examinaba las botellas que éste había traído en la bandeja.

—Gracias, señor.

—No se puede mejorar esta selección de bebidas que has hecho para recibir a la señorita Carolina: la crema de cacao... el anisete flojito... y todos esos licores dulzones que se destilan en los conventos. Porque estaría mal visto que los frailes destilaran ginebra, aguardiente, vodka, y otras bebidas descaradamente alcohólicas. Por eso, para tranquilizar sus conciencias, las disfrazan con azúcar y hierbas más o menos aromáticas, que les dan sabor a jarabe o a elixir estomacal.

Miguel sonrió. Pero no mucho, porque ya estaba acostumbrado a las frases ingeniosas de su señor. No en balde llevaba la friolera de treinta años a su servicio.

—Veo que has puesto también zumo de piña, e incluso de albaricoque —siguió observando don Juan, complacido—. Y vuelvo a felicitarte por ser tan previsor.

—Gracias, señor.

—Porque la señorita Carolina es tan cursi, tan redomadamente cursi, que a lo mejor se niega a probar el alcohol por miedo a que abuse de ella aprovechándose de su embriaguez. Ella se entregará, porque sabe que ése es el objetivo final de nuestra cita, pero completamente serena y después de echarle mucho teatro romántico a su entrega.

Don Juan suspiró, mientras se alejaba de la bandeja para acercarse al tocadiscos.

—Nunca me ha gustado ese tipo de mujer —siguió diciendo—, porque te hace perder mucho tiempo en los pre-

parativos del lógico desenlace: tienes que «hacer manitas» durante un par de horas, darle la impresión de que estás enamorado como un burro, y jurarle que ella no es como las otras. En este juramento nunca cometes perjurio, porque es cierto que ella no es como las otras: ella es mucho más pelmaza.

—Pues si al señor no le agradan las mujeres así —se atrevió a opinar Miguel—, ¿por qué dedica la tarde de hoy a la conquista de una señorita que pertenece a ese tipo femenino?

—¿Y tú me lo preguntas? —dijo el señor, mirando con reproche a su viejo criado—. Tú, que llevas tantísimo tiempo conmigo; que has presenciado mi «belle époque», allá por los años cuarenta, cuando este salón era una «antecámara» donde siempre había alguna mujer esperando turno... Tú, mi fiel escudero en tantas aventuras, ¿cómo puedes preguntarme esa memez?

—Perdone el señor, pero yo...

—¡Cállate! —le cortó don Juan—. ¿Cuántas semanas hace que no abres la puerta a ninguna visitante?

—Dos, señor.

—Casi tres. ¿Y sabes por qué?

—El invierno seguramente. Con el frío, creo yo, no apetece andar quitándose la ropa...

—No, Miguel —negó el señor—: eso no es obstáculo cuando existen el calor de la pasión sexual y el de la calefacción central. Lo que pasa es que las cosas ya no son como antes. Y aunque te esfuerces en disimularlo, también tú te das cuenta.

—¿De qué, señor?

—De que los años pesan.

—Al señor, no —se apresuró a rebatir el criado—. Está muy ágil aún. Acuérdate si no de aquel día, cuando no funcionaba el ascensor y tuvo que subir por la escalera: llegó aquí jadeando, eso sí, porque no hay nadie capaz de subir-

se siete pisos sin jadear; pero en seguida se le pasó el jadeo.

—No me estoy refiriendo al peso de los años en mis músculos, sino en mis éxitos —aclaró don Juan—. Y un cincuentón no puede elegir el tipo de mujer que más le gusta, porque no se le ofrecen muchas candidatas para la elección. Por eso tiene que conformarse con la primera pieza que se le ponga a tiro. ¿Comprendes ahora por qué voy a recibir a esa cursi llamada Carolina?

—Sí, señor.

—Pues vamos a terminar los preparativos del escenario, porque ya debe de estar al caer —dijo don Juan, ojeando las fundas de un montón de discos—. La música de fondo es un detalle importante.

—Debe de serlo, cuando el señor siempre lo cuida tanto.

—Muchas victorias las obtuve gracias al ambiente musical. Recuerdo que una histérica muy dura de pelar, a la que no logré desabrochar ni un botón del abrigo con todos mis recursos dialécticos, se me entregó poco después a los acordes de una sinfonía.

—De la «Peripatética», ¿verdad?

—Exacto. Así la llamo yo, aunque su nombre verdadero es «Patética» a secas —aclaró el amo al criado antes de continuar—: Otras veces, para los ejercicios de precalentamiento, me dieron excelentes resultados las «Toccatas» de Bach. Pero Carolina necesita algo más blandengue y superficial. Unos valsecitos de Chopin le irían bien... ¿Dónde está el disco de Chopin?

—Lo tiré a la basura por orden del señor —informó Miguel—. Estaba tan rayado de tanto usarlo, que apenas se oía.

—Es verdad. Recuérdame que compre otro. Siempre conviene tener a mano un poco de Chopin. Ese tísico polaco es tan indispensable en las discotecas como la aspirina en los botiquines —comentó don Juan, mientras continua-

ba revolviendo en el montón de discos—. Pero a falta de «Chopin», buenas son tortas: pondré estas cancioncillas de Schubert, que resultan bastante dulces a pesar de que las cantan en alemán.

Puso en marcha el tocadiscos, y redujo el volumen para que la música se mantuviera en un segundo plano que permitiese sostener una conversación sin pegar gritos.

—¿Cómo quiere las cortinas el señor? —preguntó el criado, yendo hacia el amplio ventanal que ocupaba casi toda una pared del salón.

—Cerradas, naturalmente.

—Pero aún hay mucha luz —objetó Miguel—. Son las seis menos cuarto, y el sol no se pone hasta cerca de las siete.

—Ciérralas de todos modos —ordenó don Juan—. Es cuestión de táctica. Si estando Carolina aquí me levantara a cerrarlas, ella me lo impediría diciendo muy ofendida: «¿Qué vas a hacer? ¿Por quién me has tomado?»

»En estos combates, pretender reducir la iluminación del campo de batalla en presencia del enemigo es un error estratégico que puede ser causa de una derrota. La estrategia amorosa aconseja no hacer ningún movimiento envolvente que pueda asustar al objetivo cuya conquista se pretende.

—El señor se las sabe todas —aduló el criado, tirando del cordón para correr las cortinas.

—Ese detalle es elemental, querido Miguel —quitó importancia don Juan a su sabiduría.

Luego, como buen estratega, paseó por el futuro campo de batalla dando órdenes para disponer los pormenores del ataque:

—Cerca del sofá, junto a la bandeja de las bebidas, coloca unos cuantos ejemplares de mis últimas novelas. Nunca viene mal tenerlas cerca, para recurrir a ellas si la conversación empieza a languidecer. Además, puesto que la señorita Carolina me admira como escritor, le gustará demos-

trarme que está familiarizada con mis libros. Conviene, por lo tanto, darle facilidades para que pueda hojearlos y comentarlos. Sé por experiencia que, en las relaciones admiradora-escritor, hablar un poco de literatura es el prólogo más eficaz para entrar en otras materias menos literarias.

—¿Qué obras del señor le parecen más adecuadas para esta ocasión? —consultó Miguel, dirigiéndose a una estantería repleta de libros situada cerca del ventanal.

Don Juan lo pensó antes de decidir:

—Florezilla silvestre y Cándida paloma, de mi época rosa. Y ¡Al fin solos!, de mi época verde.

—¿Pongo también El sexto mandamiento? —sugirió el criado.

—No. Resultaría una alusión demasiado directa. El que sí debes poner es Cenizas ardientes.

—¿El último libro del señor?

—El último por ahora —corrigió don Juan—. Mientras el editor me pague y el público me lea, pienso escribir bastantes más. Cenizas ardientes es una novela muy adecuada para la cita de hoy, porque trata de una jovencita que se enamora locamente de un hombre maduro.

—Comprendo —comentó Miguel con un respetuoso guiño de su ojo derecho—. El señor trata de arrimar el asca a su sardina.

—Eso es una ordinariez —reprochó el escritor—. Ni la señorita que viene a visitarme es un carbón encendido, ni yo pretendo que se acerque a ningún pez de mi propiedad. Sólo quiero insinuarle discretamente que las relaciones íntimas entre caballeros expertos y jovenzuelas ingenuas son tan agradables como excitantes. Puede darse el caso de que ella sienta algún escrúpulo ante la diferencia de edad que nos separa, y Cenizas ardientes es un buen argumento para combatir ese prejuicio.

Cuando Miguel puso los libros sobre la mesa próxima al sofá, junto a la bandeja de las bebidas, don Juan pasó revista a la habitación para cerciorarse de que no faltaba nin-

gún detalle. Y observó satisfecho que todo estaba en orden.

Observó también, una vez más, que aquel living-room era el lugar ideal para fomentar las relaciones públicas e íntimas del inquilino más exigente: imposible encontrar un mobiliario tan cómodo y apropiado, dispuesto con tanta sabiduría en los ángulos más convenientes. Imposible combinar con mayor acierto los efectos de luz y sonido, que desempeñan un papel de la máxima importancia en el desarrollo de estas actividades sentimentales. Imposible también reunir con mejor gusto, en las tapicerías y los cuadros, una gama tan extensa de colores y formas agradables a la vista.

Don Juan tenía sobrados motivos para sentirse orgulloso del escenario que había montado para representar sus escenas de amor. Pensaba, con razón, que en el teatro de la vida la escenografía es un valioso elemento que ayuda a triunfar al actor, en ese género de funciones cuyo argumento todo el mundo ya conoce.

Y cuando estaba repitiéndose este pensamiento, sonó el teléfono. Un teléfono que no era corriente, sino rojo como los utilizados por los jefes de las potencias mundiales. Porque don Juan empleaba ese aparato para sus conversaciones amorosas. Y para él, una declaración de amor tenía tanta importancia como para un estadista una declaración de guerra.

El criado fue hacia el teléfono para contestar a la llamada, pero su amo le contuvo:

—Espera. Como supongo que será alguna mujer, le gustará encontrarse directamente con mi voz. Las casadas, sobre todo, sienten horror por los intermediarios.

Y descolgando el auricular, preguntó con voz tan suave como seductora:

—¿Diga?... ¿Cómo?... —su tono se hizo brusco y seco para añadir—: No, señor. Se ha equivocado de número. Aquí no vive ninguna comadrona.

Colgó un poco corrido, mientras Miguel disimulaba una sonrisa volviéndose hacia la pared para enderezar un cuadro.

—Cuando llame a la puerta Carolina —dijo don Juan a su criado para borrar el planchazo de la llamada telefónica—, esfúmate. Yo mismo abriré. Cuando una mujer viene a entregarse por vez primera, prefiere encontrar solo en casa al destinatario de la entrega.

—Bien, señor. Me esfumaré, como de costumbre, por la escalera de servicio.

A las seis en punto, hora fijada para la cita, empezó a sonar un timbre. Pero no fue el de la puerta principal, sino el del teléfono rojo.

—¿Quién es? —preguntó don Juan descolgando el auricular. Y lo preguntó con bastante rudeza, por si alguien había vuelto a confundir su número con el de la comadrona.

—Soy yo, Juan —dijo una voz femenina al otro lado del hilo.

—¡Ah, hola! —exclamó él diplomáticamente, sin haber identificado aún a la mujer que le llamaba.

(Las mujeres, cuando llaman a un hombre, cometen siempre la torpeza de no dar su nombre. Consideran sus voces tan inconfundibles, que suponen que él las reconocerá en ese escueto «soy yo». Y están muy equivocadas. Dos palabras no bastan para identificar a una mujer, y menos aún por teléfono. Las agudos timbres de las voces femeninas, cuyo sonido al natural es ya bastante parecido, se igualan aún más y resultan casi idénticos a través de los hilos telefónicos. Pero ellas, eternas y adorables despistadas, no lo saben. Y mientras no lo sepan, seguirán sometiendo a sus interlocutores al esfuerzo mental de la adivinación.)

—Sabes quién soy, ¿verdad? —quiso cerciorarse la voz femenina.

—¡Claro! —mintió él, que aún no había logrado identificarla. Y como sabía que la mayor ofensa que puede hacerse por teléfono a una mujer es no reconocerla o confundirla

con otra, reforzó su mentira añadiendo—: Tienes una voz inconfundible.

—Te llamo —dijo ella entonces—, para hablarte de la cita que teníamos esta tarde.

Sólo en ese momento comprendió don Juan que la voz pertenecía a Carolina.

—Pues tú dirás —la invitó él.

—Es que yo no me acordaba de que hoy es sábado.

—¿Y qué? El sábado es un día como otro cualquiera. Mejor aún: es el más largo de la semana, porque el domingo no hay que madrugar.

—Pero yo —explicó Carolina—, todos los sábados me voy a pasar el fin de semana a la sierra.

—Bueno —se encogió de hombros él—. Por una vez que faltes a esa costumbre, no va a pasar nada.

—Es que no puedo faltar —continuó ella—, porque cuentan conmigo.

—¿Cuentan? —le sorprendió a don Juan ese plural—. ¿Quiénes?

—Los de mi pandilla.

—¿Pandilla? —siguió sorprendiéndose él—. ¿Qué pandilla?

—Un grupo de chicos y chicas —explicó Carolina—. Vamos juntos a todas partes. Y si les fallo este fin de semana, les hago la cusqui.

—¿La qué?

—La cusqui, ¿comprendes?

—Pues no, la verdad.

—Quedé en ir con ellos y lo tienen todo organizado. No puedo plantarlos a última hora.

—Puedes decirles —sugirió él— que a última hora precisamente has decidido no ir porque hace mucho frío.

—¡Huy, qué pretexto más idiota! —se burló Carolina.

—¿Idiota? ¿Por qué?

—¿Es que no sabes que a la sierra sólo se va cuando hace muchísimo frío? En cuanto sube la temperatura, la nieve

se pone blandorra y no se puede esquiar. Por eso hoy es un día ideal para ir. De manera que si no te importa, dejaremos nuestra cita para la semana que viene.

—¿Y si me importara? —se arriesgó a insinuar don Juan.

—Estoy segura de que no te importará —afirmó rotundamente Carolina—. Porque supongo que a un escritor tan famoso como tú, con tantos compromisos sociales, no le será difícil llenar el hueco de una cita aplazada.

—No, claro —se apresuró a decir él—. Pero me hacía tanta ilusión verte...

—¡Huy, qué romántico! —volvió a soltar ella una risita gangosa—. Nos veremos cualquier día de la semana próxima. Si no vuelvo de la sierra con una pierna rota, claro está.

«Por mí —pensó don Juan, furioso—, puedes romperte la cabeza.»

Pero no fue eso lo que dijo, sino esto:

—Ten mucho cuidado, monina. Ya sabes lo importante que eres para mí.

—Descuida: me cuidaré, por la cuenta que me tiene. Aunque te advierto que todos los de la pandilla esquiamos a lo burro.

—Sé prudente pensando en mí —rogó él, echándole ternura al ruego—. No olvides —dijo después cargando la voz de insinuaciones— que en la vida hay cosas mucho más agradables que correr sobre la nieve encima de unas tablas. El deporte de esquiar, si te paras a pensarlo...

—Ahora no puedo pararme —le cortó ella—, porque acaban de venir a recogerme. ¡«Chao», Juan!

Y le cortó la comunicación. No pudo oír, por lo tanto, la rabiosa despedida que él murmuró mientras colgaba el auricular:

—¡«Chao», cretina!

El criado no hizo ningún gesto de extrañeza, pues con el ruido de la música de fondo él no entendió «cretina», sino «Carolina». Y se limitó a observar:

—El disco ya se está acabando, señor. ¿Vuelvo a ponerlo por la misma cara, o le doy la vuelta?

—Puedes quitarlo y apagar el tocadiscos —dijo don Juan, bastante abatido—. Ya no necesitamos la colaboración de Schubert, porque la señorita que esperaba no vendrá.

—¿No? ¿Es que le ha ocurrido algo?

—Sí, Miguel —desahogó don Juan su amargura—. Le ha ocurrido algo muy normal, con lo que yo no conté: que la señorita Carolina, además de ser muy cursi, se ha dado cuenta de que es también muy joven. Tan joven que, a la hora de elegir un paisaje blanco para este fin de semana, ha preferido la blancura de la nieve a la de las sábanas.

—¿Cómo? ¿El señor quiere decir...?

—Que esa cría renuncia al amor, para irse a las montañas a jugar con sus amiguitos. Porque como todas las niñas de su edad, tiene una pandilla de amiguitos con los que juega.

—¡Increíble, señor!

—Al contrario, Miguel: perfectamente lógico. ¿Cómo no lo pensé antes? ¡Toda la pandilla hará bolas de nieve! ¡Y se las arrojarán unos a otros, muriéndose de risa! ¡Y sin parar de reír, bajarán corriendo por las laderas nevadas para ver quién llega primero!... También a mí, cuando era niño, me divertían esas memeces... Y tenía una pandilla de chicos y chicas... Y jugábamos con la arena de las playas, con la nieve de las montañas... Luego crecí, y me gustó jugar a otras cosas. Pero empiezo a temer...

Don Juan no pudo seguir, porque la voz se le quebró.

—¿Qué es lo que teme el señor? —dijo Miguel, como tendiéndole un cable para ayudarlo a salir de su emoción.

—Que he crecido demasiado, y ya no tengo pandilla para jugar a los juegos que me gustan.

—¡Por Dios, señor! —protestó el criado—. Si los juegos a que se refiere el señor son los que yo me figuro, creo que

el señor está lejos aún de pensar en dedicarse a hacer solitarios.

—No tan lejos —rechazó don Juan, moviendo tristemente la cabeza.

—Lejísimos —insistió Miguel—. Para disponer de todo el mujerío que se le antoje, hablando mal y pronto, al señor le basta con mover un dedo.

—¿Sí? —había escepticismo en el tono del señor—. ¿Qué dedo?

—El índice de la mano derecha, para marcar en el teléfono los números de unas cuantas admiradoras. ¿Quiere el señor que le traiga su libro de direcciones, que es casi tan grueso como un tomo de la guía telefónica?

—No, Miguel —rechazó el señor—. Debo decirte, aprovechando este momento de depresión y sinceridad, que ese libro de direcciones se ha convertido en un libro de Historia. Todos los nombres y números de teléfono que figuran en él, pertenecen a mi pasado. Es un archivo por orden alfabético de toda mi vida sentimental, con datos históricos que ya sólo tienen utilidad para mis biógrafos. Para mí son recuerdos; números que tuvieron su premio hace tiempo y cuya validez caducó. Llama hoy a cualquiera de esos números, y te contestarán voces tan extrañas como extrañadas:

»—No. Esa señorita ya no vive aquí...

»—No conocemos a nadie que se llame así...

»—Se ha debido de equivocar. Consulte la guía...

»—¿Quién pregunta por ella? Porque esa señorita se casó, y yo soy su marido...

Don Juan suspiró antes de añadir:

—Éstas serían, aproximadamente, algunas respuestas a las llamadas. Créeme, Miguel, que no vale la pena intentarlo.

El criado se abstuvo de insistir. No intentó tampoco consolar a su señor. Llevaba a su servicio años de sobra para saber con exactitud cuándo debía callarse si no quería